EL MUSEO LITERARIO,

GALERIA DRAMATICA Y MUSICAL

DE

D. PRUDENCIO DE REGOYOS.

ANTES Y DESPUES,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

Molina



Punto de venta en Madrid, libreria de D. J. Cuesta.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.

1858.

PUNTOS DE VENTA EN PROVINCIAS.

Albacete........	Perez.
Alcoy..........	V. de Martí é hijos
Algeciras.......	Almenara.
Alicante........	Ibarra.
Almeria........	Alvarez.
Aranjuez.......	Prado.
Avila..........	Lopez y Hernz.
Badajoz........	Orduña.
Barcelona......	Mayol.
Bilbao.........	Astuy.
Burgos.........	Hervias.
Cáceres........	Valiente.
Cádiz..........	V. de Moraleda.
Córdoba........	Lozano.
Cuenca.........	Mariana.
Castellon.......	Carratalá.
Ciudad-Real....	Arellano.
Coruña.........	Garcia Alvarez.
Cartagena......	Muñoz Garcia.
Chiclana.......	Sanchez.
Ecija..........	Garcia.
Figueras.......	Conte Lacoste.
Gerona........	Dorca.
Gijon..........	Crespo y Cruz.
Granada........	Zamora.
Guadalajara....	Oñana.
Habana........	Charlain y Fernz.
Haro...........	Quintana.
Huelva.........	Osorno é hijo.
Huesca.........	Guillen.
Jaen...........	Hidalgo.
Jerez..........	Alvarez Aranda.
Leon..........	Viuda de Miñon.
Lérida.........	Blanco.
Lugo..........	Viuda de Pujol y Hermano.
Lorca..........	Gomez.
Logroño.......	Verdejo.
Loja..........	Cano.
Málaga........	Cañavatte.
Mataró........	Abadal.
Murcia........	Herederos de Andrion.
Motril.........	Ballesteros.
Mondoñedo.....	Delgado.
Orense........	Robles.
Oviedo........	Palacio.
Osuna.........	Montero.
Palencia.......	Gutierrez é hijos.
Palma.........	Gelabert.
Pamplona......	Los Rios y Barrena.
Pontevedra.....	Aspa.
Puerto de Santa Maria.......	Gobantes.
Puerto-Rico. (Mayagües)......	Mestre y Tomás.
Reus..........	Prins.
Ronda.........	Gutierrez.
Sanlúcar.......	Esper.
S. Fernando....	Meneses.
Sta. Cruz de Tenerife.......	Ramirez.
Santander.....	Laparte.
Santiago.......	Escribano.
Soria.........	Perez Rioja.
Segovia........	Alonso.
S. Sebastian...	Garralda.
Sevilla.........	Alvarez y Comp.
Salamanca.....	Huebra.
Segorbe.......	Mengor.
Tarragona......	Pujol.
Toro..........	Tejedor.
Toledo........	Hernandez.
Teruel........	Baquedano.
Tuy...........	Martinez de la Cruz.
Talavera.......	Castro (Schez.).
Valencia.......	Móles.
Valladolid......	Hernainz.
Vitoria........	Galindo.
Villanueva y Geltrú.........	Bertran y Creus.
Ubeda.........	Treviño.
Zamora........	Calamita.
Zaragoza.......	V. Andrés.

ANTES Y DESPUES.

ANTES Y DESPUES,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

Don Blas Molina.



MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1858.

Á LA INTELIGENTE, LABORIOSA Y SIMPÁTICA ACTRIZ

Doña Maria Catalá.

Dedica esta comedia como leve prueba de afectuosa consideracion

El Autor.

PERSONAS.

DON JUAN.
ROSA, su mujer.
AMALIA, su hija.
FABIAN, aspirante á diputado.
FEDERICO, su confidente.
SERAFIN. | VENTURA. | SEBASTIAN. — Amigos de D. Juan y oficiales de la M. N.
ANSELMO, criado de D. Juan.

La escena de este acto pasa en una ciudad subalterna de provincia, en época reciente.

NOTA. Las indicaciones corresponden á la situacion del espectador.

ACTO PRIMERO.

Salon corto en la casa de D. Juan: puerta al fondo y laterales en segundo término. Mesa de escritorio con recado de escribir, libros y papeles públicos. Sofá, sillones, cuadros y espejo, todo algo anticuado.

ESCENA PRIMERA.

D. JUAN *y* DOÑA ROSA *aparecen sentados junto á la mesa.*

JUAN. (*Levantándose.*)
Déjame, mujer, por Dios
ó por el diablo, si quieres,
que estoy harto ya de oir
tus antojos y sandeces.
Déjame, que si prosigues
y no sales de tus trece,
tomo el camino y me voy
á mi quinta de Albacete,
haciendo antes juramento
de no tornar nunca á verte.

ROSA. (*Levantándose.*)
¡Me place, señor marido!
¿Conque al cabo de los veinte
y mas años de casados,

me canta usted en falsete?
Pues sepa usted, caballero,
que si prosigue insolente,
las espinas de esta rosa
sentirá, mal que le pese,
que no soy mujer por cierto
que, aunque humilde y obediente,
me deje asi avasallar,
y menos por un vejete
que... pero mas vale callar,
que el callar es de prudentes.

JUAN. (*Acercándose á Rosa.*)
¡Y eso mas! ¿Para apurarme
con reticencias me vienes?
No te detengas, prosigue,
explícate claramente,
que agravios de la mujer
no solo al hombre envilecen.

ROSA. No entremos en discusion,
que si en ser terco no cedes,
habrá griegos y troyanos,
montescos y capeletes.

JUAN. Pues ábrase la campaña
y sea lo que quisieres,
pero que ceda una línea,
mujer del diablo, no esperes,
que no es un simple capricho
con tanto empeño oponerme
á las locas pretensiones
de ese tiranuelo en ciernes.

ROSA. Eres un hombre incapaz.

JUAN. Y si soy viejo, ¡qué quieres!
Tras del rigor del estio
trae el invierno sus nieves.
Otro tiempo no lo fué,
y de ello es bien que te acuerdes,
que no es prudente que olvide
aquello que favorece,
si ama la imparcial justicia,
el que la censura ejerce.

ROSA. No estamos en la cuestion.

JUAN. Bien podrá ser; pero á veces

salirse de la cuestion
por mil razones conviene.
Con imprudencia sobrada
vos me llamasteis vejete,
y por eso á colacion
traje el estio y las nieves.

Rosa. ¿Y te enfadastes por eso?

Juan. ¿Yo enfadarme? ¡Que si quieres!
Seria gran necedad
cuando dice lo que debe
el que dice que nací
con el siglo diez y nueve.
Lo que me irrita y me apesta
y todo mi ser conmueve,
es que, inocente paloma,
hayas caido en las redes
de ese farsante político
que nuestro apoyo pretende.

Rosa. ¡Conque farsante le llamas
cuando la córte le tiene
por el moderno Arístides,
y la prensa independiente
no se cansa de ensalzar
sus virtudes eminentes!

Juan. Pues con toda esa opinion,
á pesar de ese ascendiente,
ganado Dios sabe cómo,
encierra en su pecho aleve
las mismas traidoras miras
que otros mil que le parecen.

Rosa. Bien podrá ser que las tenga;
¿pero tú en eso qué pierdes?
Si se casa con tu hija,
y si mañana con creces
te paga el poco trabajo
que hoy te suplica que emplees
para que salga elegido,
y elevados á marqueses
nos vieramos, ¿qué dirias?
Date á partido y consiente
en arreglar la eleccion
de la manera que puedes,

y deja ya de ser tonto;
que el patriotismo es juguete
con que aquel que es mas audaz
mas á placer se divierte.

JUAN. ¡Conque te empeñas en ello,
y seducida no adviertes
que elegirle diputado
es arrimar nuevo ariete
al muro que de arruinarse
dá señales evidentes,
y que al caer desplomado,
en sus escombros la muerte
hallará la libertad
del pobre pueblo inocente,
que por ella derramó
el oro y sangre á torrentes!
Medítalo bien, por Dios,
y no á cometer me lleves
un delito que la patria
nunca perdonarme puede.
Piénsalo bien te repito,
(*Tomando el sombrero y baston.*)
que mi vuelta será en breve,
y entonces mejor pensado,
mudando de pareceres,
convendrás que nuestro apoyo
tal perillan no merece.
(*Sale por el fondo.*)

ESCENA II.

ROSA, *despues* FABIAN.

ROSA. Durillo está de pelar, (*Sentándose.*)
pero poco he de poder
ó he de hacerle al fin ceder
á mi modo de pensar;
que si no es el mas prudente
ni el mas justo y acertado,
es el mas acomodado
á la práctica corriente.

FAB. (*Entrando por el fondo.*)

¡Estais sola! que me agrada,
pues de ese modo hablaremos
y á placer arreglaremos
la intriguilla comenzada.
(Se sienta cerca de ella.)
¿Supongo que no perdido
habreis diestra la ocasion,
para cambiar la opinion
de vuestro iluso marido?

ROSA. No la he perdido á mi modo
ni á juzgar por la apariencia;
pero confieso en conciencia
que no confio del todo,
porque es el señor don Juan,
mi tierno y querido esposo,
de su opinion tan celoso,
y toma con tanto afan
su defensa, que imagino
que poco adelantaremos,
si con él no procedemos
con mucha cautela y tino.

FAB. Sois un modelo de gracia
y de tacto en cuanto haceis.
Como soy que mereceis
un puesto en la diplomacia.
Sois amable, encantadora,
y teneis gran travesura:
si me sopla la ventura
os elevo á embajadora.
¿Qué tal, os parece bien?

ROSA. Si no es lisonja, veremos.

FAB. Lisonja no, pediremos
y dirá el gobierno amen:
porque el gobierno, hija mia,
aunque se muestre potente,
al cabo humilla su frente
ante la soberania:
á mas que los diputados
somos de tal condicion,
que ante todo, y con razon,
queremos ser muy mimados.

ROSA. No negaré yo el poder

del pueblo legislador,
mas con todo...

FAB. ¡Qué dolor!
mucho os falta que aprender.
Pero vamos á otra cosa,
es decir, á nuestro cuento.

ROSA. Fiad en mí, que momento
no perderé á fé de Rosa.
Apenas mi esposo llegue
con él entraré en campaña,
y ya por fuerza ó con maña
haréle al fin que se entregue.

FAB. (*Levantándose.*)
Pues cada cual á su fin.

ROSA. (*Lo mismo.*) Retiraos descuidado.

FAB. (*Tocándola el hombro.*)
Es decir, yo, diputado,
vos á Lóndres ó á Berlin.
(*Sale por el fondo.*)

ESCENA III.

ROSA, AMALIA.

AMAL. (*Entrando por la derecha.*)
Si no me engañó el oido,
Don Fabian estaba aqui.

ROSA. De cierto que estaba, sí,
y ha muy poco que se ha ido.

AMAL. ¡Y sin verme!

ROSA. No podia.

AMAL. Cuando se ama de veras...

ROSA. Esas son vanas quimeras.

AMAL. ¿Pues tanto que hacer tenia?

ROSA. Y tanto que el preguntarlo
es descuido y garrafal,
cuando ha mucho, voto á tal,
que debiste adivinarlo.

AMAL. ¡Ya caigo! teneis razon,
que como buen pretendiente...

ROSA. Debe de andar deligente
si hoy concluye la eleccion.

Amal. ¿Y será el favorecido?
Rosa. O dejo de ser quien soy.
Amal. Me alegro, pero me voy,
que pasos fuera he sentido.
(*Sale por la derecha despues de haber besado á Rosa.*)

ESCENA IV.

Rosa, *acercándose á la puerta del fondo.*

¡Qué tropel! Por san Simon
que ellos son á no dudar. (*Retirándose.*)
Los tres amigos del alma,
que con su lengua mordaz
vendrán de pasar el tiempo
destrozando sin piedad
ajenas reputaciones
á comenzar desde Adan.
Ellos son, me sentaré (*Lo hace.*)
que quiérolos explorar,
porque al fin son electores,
y como hombres de caudal
y jefes de la milicia
tienen popularidad,
y si me ayudan de plano
á cabo llevo mi plan

ESCENA V.

Rosa, Serafin, Sebastian, Ventura.

Ser. Conque al fin la fortaleza
que se creyó inexpugnable,
á las primeras de cambio
plegó humilde su estandarte.
Ven. Fortaleza es la mujer
que rinde sus baluartes,
si el enemigo es astuto
y en el asedio constante.
Rosa. ¿De qué se trata, señores?
¿De qué se hace tanto alarde?

SER. Es una historia secreta.
VEN. Que prudente es que se calle.
ROSA. Y será la vez primera
que la prudencia no os falte.
VEN. (*Sentándose.*)
¡Tan mala opinion de mí!
ROSA. Ya sabeis que no es en balde
el empeño con que el vulgo
Clara por Rosa me llame.
Y ustedes ¿qué, no se sientan?
SER. Forzoso será el sentarse.
ROSA. Dejaremos si os parece
por este momento aparte
los sucesos ordinarios
aunque sean de realce,
y hablaremos de elecciones,
que es la cuestion culminante.
SEB. Cabalmente á eso venimos.
ROSA. Siendo asi mucho me place.
SER. ¡Y cómo no, cuando vos
sois de elecciones la clave!
ROSA. Sin embargo, hoy pienso dar
un nuevo rumbo á la nave.
SER. ¡Nuevo rumbo! No os entiendo.
ROSA. Pues el entenderme es fácil.
VEN. Si no os explicais mas claro...
ROSA. Mas claro voy á explicarme.
Ya sabeis que independiente
siempre obré con fé constante,
llena mi mente de ideas,
que serán recomendables,
pero que hoy por peregrinas
ya no las admite nadie.
SER. Menos os entiendo ahora.
ROSA. Tened calma y escuchadme,
que no soy costal de nueces.
SER. Callo pues, id adelante.
ROSA. Tiempos hubo que cual yo
creyeran muchos, dislate,
que las palabras decian
puramente y sin disfraces,
aquello que el corazon

sentia en hombres que graves
protestaban patriotismo
y con voz hueca y tonante,
raudales de bienandanza
nos prometian falaces;
mas aquel tiempo pasó,
y aquello que fuera antes
entusiasmo y confianza,
se ha trocado, y no os extrañe,
en amargos desengaños
y lecciones saludables,
pues cual comedia acabó,
cuyo fatal desenlace
nos ha convertido á todos
en ateos ó en farsantes.

SEB. Fatalista estais por Dios.

ROSA. No por cierto, que al alcance
está del menos experto
la historia, y esta no sabe
mentir ante los testigos
de sus hechos presenciales.

SER. Sin embargo, á mi entender
no es la situacion tan grave,
que nos arrastre al extremo
de que hasta la fé nos falte.

ROSA. Pues yo, amigos, la perdí
ó de ella pocos quilates
me quedan, y esos los cifro
en el solo baluarte
que queda á la libertad,
por desgracia agonizante.

VEN. En ese caso respiro,
y al corazon doy ensanche,
avivando la esperanza
de que exausto le dejaste;
pero ahora falta saber
sin retóricos ambajes,
las prendas de ese coloso,
de ese moderno Alcibiades,
á quien con tanto entusiasmo
quereis confiar la nave,
segura de que en sus manos

ni zozobre ni naufrague.

ROSA. ¡Pues qué tan desorientados
estais que no se os alcance
que es el señor don Fabian,
el que cual astro radiante
descuella sobre la escoria
de patriotas mendicantes,
cuya patria es su interés,
y su pasion dominante
medrar á costa del pueblo,
víctima inocente y fácil
de sus arteros manejos,
farsas y deslealtades!
Como soy que me sorprende
que á hombres como vos se escapen
las prendas que en don Fabian
se ostentan tan de realce,
como se ostenta entre perlas
el bien pulido diamante.

SER. No tan necios nos hagais,
que cuerdos somos bastante,
para dar á cada cual
lo que de justicia alcance;
mas como el tal don Fabian,
aunque la prensa le ensalce,
para nosotros no tiene
las sublimes cualidades
que há menester el que aspire
á poner coto á los males
que afligen á nuestra patria
de luengo tiempo á esta parte;
no extrañeis que adivinar
no acertáramos denantes
que era el hombre que teneis
por nuevo robusto Atlante.

ROSA. ¿Pues qué tachas le poneis
que rebajar un quilate
puedan la reputacion
que *nemine discrepante*
de probo, elocuente y sabio
ha ganado en los debates
del cuerpo legislador?

¿Decidme si entre el enjambre
de rastreras medianias,
ó de pigmeos rampantes
no es don Fabian el que solo,
locuaz atrevido y grave,
cual en el Líbano el cedro
alza su frente arrogante?
¿No es él, decidme, el que siempre,
y que mande aquel que mande,
tiene el exquisito tacto
de permanecer flotante
jugando con las borrascas
y el político oleaje?
¿Pues si tal es, por qué no
debemos adjudicarle
la admiracion y el respeto
que de justicia le cabe?
¿Por qué le hemos de negar
que él es solo el hombre grande
que ha producido en España
medio siglo de combates,
librados en el palenque
de bandos y pandillajes?
Tened, señores, en cuenta
la historia de nuestros males,
y no perdamos ligeros
en momentos apremiantes
el coger á la fortuna,
coqueta voluble y fácil,
por el único cabello
que diz ser aprisionable.
Respetemos las costumbres,
y siguiendo el oleaje
de la deshecha borrasca
que corre la hispana nave,
hagamos lo que hacen otros,
pues fuera tal disparate
el querer parar el curso
del influjo traficante,
como el querer apurar
el agua salobre y acre,
sacándola gota á gota,

de los procelosos mares.
SEB. No sois mujer, doña Rosa,
mas que mujer sois un ángel,
y yo me rindo gustoso
á influencias celestiales.
ROSA. ¡Y vos, señor don Ventura!
parece que vacilante
habeis quedado despues
de escuchar nuestro debate,
y bien sabeis que hay momentos
de suyo tan importantes,
en que es un crímen la duda,
y crímen imperdonable.
VEN. ¡Qué quereis, un compromiso!
ROSA. De que os acordais ya tarde,
porque solo quedareis,
y en situacion degradante,
si plegando la bandera
con armas y con bagajes
no os pasais al campo mio,
cuyo triunfante estandarte
llevará don Serafin,
que es en extremo galante.
SER. Sí lo soy, y bien sabeis
que de dócil hago alarde,
y mucho mas con las damas
que cual vos tiran el guante,
con el exquisito tacto
que ahora acabais de arrojarle;
pero permitid que os diga
que el sacrificio es tan grande,
como el respeto que tengo
á las altas cualidades
con que domais mi albedrío,
por lo comun indomable,
dejándome aprisionado
y cautivo sin rescate.
ROSA. Tal victoria me envanece
y me obliga á que declare,
que el nombre de Serafin
haré qué en mi pecho grabe,
la gratitud que de hoy mas

deberé á vuestras bondades.
Y vos al fin, ¿qué decís? (*A Ventura.*)

VEN. Que fuera una falta y grave,
el quedarme en minoria,
y blanco de los ultrajes
de una dama que merece
que se le rinda homenaje.

ROSA. De ese modo la eleccion
nuestra será, aunque se afane
el partido para quien
los tiempos corren en balde,
y el libro de la experiencia
ó en blanco está á sus alcances,
ó jamás ante sus ojos
para ilustrarle se abre.

SEB. Yo cuento con treinta votos.

VEN. Pues yo, como no me falten
los mios, contar podré
con ciento, y puede que pasen.

SER. Poco es eso, como hay Dios;
los mios tal vez no bajen
de trescientos, porque tengo
todo el pueblo de mi parte.

ESCENA VI.

LOS MISMOS, JUAN.

JUAN. (*Entrando por el fondo.*)
Por lo que á entender llegué,
si no me equivoco, infiero
que tratabais de elecciones,
y que con orgullo necio
lo que aun está muy por ver,
de plano dabais por hecho.

ROSA. (*Levantándose.*)
¡Volvemos á las andadas!
pues cuidado, que os advierto
que si la paz conyugal
para vos tiene algun precio,
este ha de ser que cedais
á mis laudables intentos,

pues si lo contrario haceis
va á ser la casa un infierno.

JUAN. Pero, mujer ó demonio,
que por tal, Rosa, te tengo
desde que imprudente y loca
te metiste en este enredo,
¡no reparas que á la patria
vamos á hundir en el pecho
nuevo y agudo puñal,
si enviamos al congreso
á ese Proteo, que vive
de tramoyas y embelecos!

SER. (*A Sebastian, bajo.*)
Esto, amigo, no me gusta.

SEB. (*A Serafin, bajo.*)
Ni yo lo tengo por bueno.

SER. (*Lo mismo.*) Lo mejor será dejarlos
que se las entiendan ellos.

SEB. (*Lo mismo.*) Para saber en qué para
daremos la vuelta luego.

SER. (*Tomando el sombrero.*)
Señores, hasta despues.

ROSA. (*Con ironia.*) ¿Os vais huyendo del duelo?
Permaneced si gustais,
que no es el leon tan fiero
que al cabo no rinda parias
á mi superior talento.

SEB. La ausencia no será larga,
en breve aqui tornaremos.

JUAN. (*Tocando á Serafin en el hombro.*)
Adios, amigos, marchad;
pero os encargo el secreto
de esta lucha conyugal,
de especie y género nuevo. (*Salen los tres.*)

ESCENA VII.

JUAN, ROSA.

ROSA. Ya se fueron.

JUAN. ¡Y bien! ¿qué?

ROSA. Vos direis.

JUAN. Yo nada digo.
ROSA. En ese caso me voy.
JUAN. Y yo tambien me retiro.
ROSA. ¿Pero asi sin decir nada?
JUAN. No mas que lo dicho, dicho.
ROSA. Sois un tigre.
JUAN. Y algo mas.
ROSA. Un caiman, un cocodrilo.
JUAN. Y vos una...
ROSA. Poco á poco.
JUAN. Os dejo compadecido.
ROSA. Y yo, porque os aborrezco.
JUAN. Sea Albacete conmigo.
(*Salen por derecha é izquierda.*)

ESCENA VIII.

AMALIA, *despues* FABIAN.

AMAL. Juraria que ha un momento
en esta estancia se oian
voces de dos que reñian;
mas nada veo ni siento
que luz me dé, ni aun escasa,
con la cual pudiera hallar
quién se atreviera á turbar
el sosiego de esta casa.
Tal vez que mis padres fueran
disputando de elecciones,
que á no dudar, hay cuestiones
que irritan y desesperan.
FAB. (*Entrando.*) Y ninguna á la verdad
como la que hoy se contiende,
pues de ella sólo depende
la comun felicidad.
AMAL. Lo creo; pero mi padre...
FAB. Dejemos al tiempo andar,
que al fin me habrá de votar
que le cuadre ó no le cuadre.
Lo que yo ciego confio
á vuestros buenos oficios,
es que me sean propicios

vuestro hermano y vuestro tio,
cuyo político peso
de todos es conocido,
porque nunca han desmentido
sus ideas de progreso.

AMAL. Ambos, de vos ya devotos,
vuestro nombre escribirán,
y á las urnas llevarán
á mi ver mas de cien votos.

FAB. Siendo así, ya soy dichoso.

AMAL. Sereis, Fabian, diputado.

FAB. ¿Y no mas, dueño adorado?

AMAL. ¿Qué mas quereis?

FAB. Ser tu esposo.

AMAL. Si no es ardid cortesano,
aceptaré tanto honor.

FAB Eterno será mi amor:
héte aqui, Amalia, mi mano.

ESCENA IX.

LOS MISMOS, JUAN *y* ROSA.

ROSA. Perfectamente: me place
veros en tal actitud.

FAB. Al fin mi solicitud
su tierno amor satisface.

ROSA. (*A Juan.*) Y bien, señor fanfarron,
¿seré ahora visionaria?

JUAN. (*Con ironia.*) Bien pudo ser temeraria
y terca mi oposicion.

FAB. ¿Qué es lo que oí? ¿á qué espero?
Dadme, don Juan, mil abrazos. (*Se abrazan.*)

JUAN. (*Bajo.*) No os fieis de aquestos lazos
procediendo de ligero,
ni os mostreis tan engreido
ni tanto os precipiteis,
pues aquí donde me veis
aun no estoy bien convertido.

ROSA. ¡Hola! ¿Secretos tenemos?

JUAN. Secretos y prevenciones.

ROSA. Hablemos, pues, de elecciones

que tiempo despues tendremos
para celebrar gozosos
la venturosa ocasion
de la dulce y grata union
de los futuros esposos.

ESCENA X.

Los mismos, Serafin y Ventura.

Ser. No direis que hemos tardado.
Rosa. Ciertamente que es asi,
mas no me place por Dios,
que solos vengais los dos.
Ser. Pronto el otro estará aqui.
Rosa. Sentémonos, y cuidado, (*A Juan.*)
don Juan, con volver atrás.
(*Se sientan en semicírculo.*)
Ser. Estoy por los desenlaces
de Moreto y Calderon.
Rosa. ¿Y para eso qué ocasion?..
Ser. La ocasion de vuestras paces.
Juan. Han sido condicionales.
Ser. ¿Y cómo asi ha sucedido?
Rosa. Porque tiene mi marido
cosas muy originales.
Juan. Porque soy muy camastron
y mi mujer vé visiones,
mas dejemos digresiones
y entremos en la cuestion.
Rosa. Explica pues lo que quieres.
Juan. Quiero que haya discusion.
Rosa. ¿Y para qué si hay union
perfecta de pareceres?
Juan. ¡Válgame Dios! ¡Y por qué?
Porque justo es el oirme,
y que el aspirante firme
esta profesion de fé. (*Enseñando un papel.*)
Rosa. Veamos pues, preparada
estoy, don Juan, para oir,
aunque temo que á salir
vais con una patochada.

ESCENA XI.

Los mismos y Sebastian.

Seb. Vuestra indulgencia reclamo
si mucho os hice esperar.
Rosa. Con ella podeis contar,
pues sois de esta casa el amo.
Seb. (*Sentándose.*)
Siempre tan fina y galante
como amable y cariñosa.
Rosa. (*Dirigiéndose á Juan.*)
Sin embargo, como Rosa
suelo tambien ser punzante.
Seb. ¿De qué se ocupaba pues
tan fraternal reunion?
Rosa. Sabido es, de la cuestion
de palpitante interés.
Juan la palabra ha pedido,
porque quiere perorar
y el papel deletrear
de que le veis prevenido.
Juan. Asi es, que quiero hablar,
porque bueno es que sepamos
para qué, y por quién votamos
cuando hayamos de votar.
Seb. Nuestra atencion os espera,
pero ser breve os encargo.
Juan. (*Dirigiéndose á Rosa.*)
Siendo torpe, no muy largo
podré ser aunque quisiera.
Seb. Con mi sencilla advertencia
no he pretendido ofenderos,
que fuera entre caballeros
exagerada licencia.
Juan. ¡Pues qué ofendíme yo acaso!
vos mostrasteis un deseo,
y yo no hice á lo que creo
mas que saliros al paso.
Rosa. Dejémonos de piropos,
queridísimo marido,

que si vos sois entendido
los demas no somos topos.

Ven. Si, si, dejemos el oropel
de inútil charlatanismo.

Juan. Pues si quereis laconismo
escuchad este papel. (*Lee.*)
«Profesion de fé política del Sr. D. Fabian de Meneses.
»A fuer de caballero y hombre honrado
cumplir prometo bien y dignamente,
con el cargo encumbrado y eminente
que hoy el pueblo español me ha confiado.
Prometo ser sumiso y obediente
al grito del honor siempre sagrado,
y prometo bajar libre á la tumba
antes que al hierro mi cerviz sucumba.

—

»Admito y quiero mi baldon eterno
si á otro interés mis miras se dirigen,
que al de curar los males que hoy afligen
á la patria, prestando á su gobierno
cabal apoyo, si las leyes rigen
y su marcha endereza al bien interno,
y á que de nuevo la española gente
alce en el mundo su abatida frente.

—

»Juro del pueblo defender los fueros
contra las asechanzas del tirano,
y juro repudiar al cortesano
vil agente de clubs camarilleros;
y cual honrado y probo ciudadano
combatir del poder los desafueros,
renunciando por siempre á sus favores,
cruces y empleos, distincion y honores.»

—

Y bien, señor don Fabian, (*Representando*
¿qué os parece el papelillo?

Rosa. Un necio batiburrillo
de argucias de ganapan.

Ser. Sin embargo la experiencia,
historia de lo pasado,
exige que al diputado

se le estreche la conciencia.

JUAN. Eso es lo que á mi me gusta,
honor, pureza y virtud.

FAB. Pero tanta esclavitud
á mas de horrible es injusta,
porque si el pueblo desea
ser soberano, por mi fé
que no hay razon para que
el Congreso no lo sea.

ROSA. El argumento es palmario
y la réplica no admite.

JUAN. Al fin saliste tú al quite
con tu génio estrafalario.

SER. Si me prestais atencion
por un momento siquiera,
procuraré á mi manera
esclarecer la cuestion.

ROSA. Yo no tengo inconveniente,
y pronta estoy á escucharos,
segura que habré de daros
la cédula de prudente.

SER. Digo pues que á mi entender
anda don Juan acertado,
en creer que el diputado
tal cual le quiere ha de ser;
pues de legislar la ciencia,
manden el griego ó el godo,
necesita sobre todo
gran patriotismo y conciencia,
y que hoy fuera desacierto
fiarse asi buenamente,
de este ó aquel pretendiente
cuando está tan descubierto
que los mas con piel de obeja
ocultan sus intenciones
y abrigan mas ambiciones
que flores liba la abeja.
Por lo cual no encuentro yo
en esto ningun desman,
porque el señor don Fabian
ó tiene conciencia ó no.

FAB. Sin embargo, yo diria...

JUAN. ¿Qué?
FAB. Que intentais una diablura,
porque es ponerme en tortura
con tal profesion de fé.
JUAN. ¡Somos ya diestros pilotos!
FAB. Si, pero...
JUAN. En conclusion.
FAB. No apruebo la coaccion.
JUAN. Pues os quedareis sin votos.
ROSA. Ese es sobrado rigor.
FAB. Y tanto.
SER. No sé por qué.
ROSA. Porque está la buena fé
muy probada en el señor.
JUAN. ¡Muy probada!..
ROSA. A no dudar.
SEB. Pues para mí es sorprendente,
que siendo asi, inconveniente
tenga el señor en firmar.
ROSA. Que perdeis la votacion. (*Bajo á Fabian.*)
FAB. Yo inconveniente ninguno;
parecióme algo importuno,
y le hice la oposicion;
pero si asi lo quereis
desde luego firmaré.
JUAN. Si lo haceis os votaré,
y diputado saldreis.
FAB. (*Levantándose.*)
Venga el papel, que á escribir
mi nombre voy al momento.
(*Se aproxima al escritorio, y firma diciendo ap.*)
Sálgame yo con mi intento,
que el prometer no es cumplir.
Complacido estais al fin. (*A Juan.*)
JUAN. (*En tono amenazante.*)
De haber sido temerario...
FAB. (*Mostrando el papel.*)
¿Quién será el depositario?
JUAN. Mi amigo don Serafin.
FAB. (*Dando á este el papel.*)
Sin embargo no os asombre

si alguna vez apartado,
me veis de lo que he firmado,
que no siempre dueño el hombre
puede ser de sus acciones.

JUAN. De vista no os perderemos,
y por acá apreciaremos
el modo y las ocasiones.

SER. (*Consultando el reló.*)
Pues señor, llegó la hora.
(*Se levantan todos.*)

SEB. Cada cual á trabajar
con los suyos, y á votar.
(*Salen todos, menos Rosa y Amalia.*)

FAB. (*Bajo á Rosa tocándola el hombro.*)
No hay remedio, embajadora.

ESCENA XII.

ROSA, AMALIA, *despues* ANSELMO.

ROSA. Y cual lo dice lo hará,
al menos asi lo espero,
porque es Fabian caballero,

AMAL. ¿Qué es lo que dijo, mamá?

ROSA. Díjome que presuroso
si le votan diputado,
tornará precipitado
á repetirse tu esposo.

AMAL. Tiene un alma muy hermosa.

ROSA. ¡Y qué cándido, qué bueno!
me envanezco, me enageno
al contemplarte dichosa.

ANS. (*Al dintel de la puerta del fondo.*)
Cuarenta votos don Juan
ya en la urna sepultó,
y en busca de otros salió
con inimitable afan.

ROSA. Dime, ¿y Ventura?
(*Anselmo desaparece, y Amalia despues de haberlo observado, dice*

AMAL. Si, si,
ligero va como el viento.

ROSA. Gracias que el ayuntamiento
está tan cerca de aqui.
¡Cuarenta votos! no es nada,
con mas debiera contar.

AMAL. Y contará á no dudar,
que es su eficacia extremada.

ANS. (*Al dintel.*) Otros cuarenta electores.

ROSA. Pero dime, ¿y Serafin?

ANS. Los de ese no tienen fin.

ROSA. Débole grandes favores.
¿Y Ventura y Sebastian?

ANS. No han hecho á mi ver muy poco,
porque si no me equivoco
con cien votos contarán.

ROSA. ¿Y dime?

AMAL. Ya como un gamo
(*Mirando desde la puerta del fondo.*)
va por esos corredores.

ROSA. Modelo es de servidores.

AMAL. Si algo le quereis, le llamo.

ROSA. No por cierto, el tornará.

AMAL. Don Rufo estará rabiando.

ROSA. Y don Fabian rebosando
de puro placer vendrá.

AMAL. La derrota es ya segura.

ROSA. Le hemos hecho cruda guerra.

AMAL. No hay remedio, ya por tierra
está su candidatura.

ANS. (*Entrando sofocado, y limpiándo se el sudor.*)
Completo fué el exterminio
del bando de oposicion.

ROSA. ¿Se acabó la votacion?

ANS. Ya estan en el escrutinio.

ROSA. Pues anda, y no te detengas,
que si Fabian predomina,
con una buena propina
puedes contar cuando vengas.
(*Se sienten pasos.*)

ANS. (*Asomándose á la puerta del fondo.*)
Mi encargo doy por cumplido,
pues que con planta ligera

subiendo van la escalera
electores y elegido. (*Sale.*)

ESCENA XIII.

TODOS, *menos* ANSELMO.

FAB. Al fin cantamos victoria.
ROSA. Y yo os doy el parabien.
FAB. ¿Pero sin saber á quién
se debe toda la gloria?
ROSA. Yo creo que á estos señores...
FAB. Menos humildad, Rosita,
se debe á vuestra exquisita
bondad, y vuestros favores.
Sois mujer de entendimiento,
y podréislo ser de historia.
ROSA. (*Al paño.*) Conque vos tengais memoria
solamente, me contento.
JUAN. Y bien, señores, ¿qué hacemos?
ROSA. Si fuere de vuestro agrado,
todo está ya preparado
para que alegres brindemos.
SER. Bien pensado.
SEB. Me acomoda.
ROSA. Y vos, señor diputado,
¿qué decis, en qué pensais?
FAB. Que lo que os plazca hagais,
pues que yo subordinado
tanto os estoy en verdad,
que no tengo voluntad;
y puesto que lo juré
mis promesas cumpliré.
JUAN. Que asi sea confiamos.
ROSA. Menos palabras y vamos.
FAB. Y tú, Amalia encantadora,
ven conmigo á ser dichosa.
(*La da el brazo izquierdo.*)
El uno para mi esposa.
(*Da el derecho a Rosa y la dice al paso.*)
El otro á la embajadora. (*Salen todos.*)

FIN DEL CATO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon corto de una casa de huéspedes.—Puerta a fondo y laterales.—A la izquierda un balcon ó ventana practicable.—Mesa de escritorio con recado de escribir.—Mueblaje de mediano lujo.

ESCENA PRIMERA.

ROSA, *sentada junto al escritorio y leyendo un libro que suelta al comenzar la palabra.*

¡Qué Babel, qué barahunda,
y qué doblez sobre todo!
No en balde muchos prefieren
la sencillez de un villorro.
Aqui nadie hace papel:
ni el noble presuntuoso,
ni el militar fanfarron,
ni el entendido ni el tonto,
ni aun el rico peruano
repleto de plata y oro;
pero en cambio cada cual
vive libre y á su antojo,
porque todo es confusion,
y asi el cuerdo como el loco,
asi el ruin camarillero
como el grande artificioso,

y asi la casta doncella
cual la de estado dudoso,
que no es casada ni viuda
siendo á la par uno y otro:
todos pasan, todos gozan,
y todos se cuidan poco
del terrible qué dirán,
fantasma de aspecto torvo,
con que fuera de Madrid
vivimos siempre en un potro.
Seis dias ha que llegamos,
pero ya en tiempo tan corto
he visto cosas por Dios,
tan raras y de tal tomo,
que nunca creer pudiera
si no las vieran mis ojos.
Curioso fuera el narrarlas,
pero este empleo enojoso
dejemos para otra vez,
pues que si no me equivoco
alguien se acerca á esta estancia.

ESCENA II.

ROSA, SERAFIN.

SER. (*Entrando.*) Este Madrid es un pozo,
una sima, un laberinto,
do se pierde el mas celoso
de hallar aquello que busca.
ROSA. ¿Y os aburris ya tan pronto?
Sentaos si asi os parece,
que tiempo habrá para todo,
y creed que gran destreza
ha menester el que abordo
de la nave cortesana
su piélago proceloso
surcar haya sin peligro
de chocar en sus escollos.
SER. (*Sentándose.*) Dias ha que á don Fabian
busco, y mi intento malogro,
porque si voy á su casa,

una especie de ostrogodo
que le sirve de portero,
con un semblante amoroso
como aquel que su fortuna
al juego perdió en un soplo,
sin mirarme tan siquiera,
y voz vinosa y no poco,
me responde que ha salido
ó que le ocupa un negocio
tan grave, que no le deja
ni acordarse de sí propio.
Si le busco en su despacho
no le encuentro, y otro bolo
de la misma catadura
y mas incivil que el otro,
me dice que es escusada
la diligencia que pongo
para hablar á su excelencia,
pues no hay indicio remoto
de que piense dar audiencia
en plazo largo ni corto,
porque las Córtes le tienen
con sus peripecias loco.
Si á verle voy al congreso
acontéceme lo propio,
porque entra y sale veloz
cual si fuera herido corzo,
á mas que siempre cercado
vá su excelencia de modo
de diputados que piden
ó para sí ó para otros,
que parece santo en andas
conducido por devotos.
Ya he gastado cien tarjetas,
y ahora gastar me propongo
cuatro resmas de papel;
y si mi intento no logro,
recurriré sin remedio
á soltar el trueno gordo.

ROSA. No seais tan inocente
ni tan vano y quisquilloso,
y reparad que un ministro

no es un igual á nosotros.
SER. Pues qué, ¿quereis que su olvido
retribuya yo en elogios?
ROSA. Quiero que tengais presente
lo de las peras y el olmo.
SER. ¡Hola, hola! vos tambien
le veis la paja en el ojo.
ROSA. ¿Y cómo no, si á mi Juan
le está pasando lo propio?

ESCENA III.

LOS MISMOS, SEBASTIAN *y* VENTURA.

ROSA. Bien venidos, caballeros.
¿Qué se hace usted, don Ventura?
SEB. (*Bufando y paseándose agitadamente.*)
Dejadnos, porque venimos
ambos vomitando furias.
ROSA. ¿Y por qué tan mal humor?
Alguna ingrata hermosura...
VEN. (*Como Sebastian, pero en direccion opuesta.*)
No es eso, pica mas alto.
SER. Algun lance de fortuna
de los que la córte ofrece.
SEB. (*A Serafin.*) No abusemos de las pullas,
que hay casos en que el donaire
tornarse puede en injuria.
SER. Me callo, que la ocasion
de agravios no fuí yo nunca.
ROSA. Pero en resumidas cuentas,
¿qué os inquieta, qué os ofusca?
SEB. Que el célebre don Fabian
á trapo suelto se burla
de nosotros, y por Dios
que si sigue en la locura
de no guardarnos los fueros
de urbanidad y cultura,
antes que la cesantia
puede que encuentre la tumba.
SER. (*Sacando el reló.*)
Son las doce y me retiro,

que quiero probar fortuna
por la milésima vez. (*Se levanta.*)
Hánme dicho que á la una
deberá estar don Fabian
en el pasaje de Murga,
do con cierta damisela
vá á curarse de la murria
que le produce el furor
conque la prensa le punza;
y quiero ver si le encajo
cuatro verdades desnudas.

SEB. (*Tomando el sombrero.*)
En ese caso, nosotros,
cual fieles perros de ayuda,
nos pondremos á tu lado,
y juntos esa aventura
correremos, porque asi
todos saldremos de dudas.

SER. Como gusteis.

VENT. Vamos pues. (*Tomando el sombrero.*)

ROSA. Haya prudencia y cordura. (*Levantándose.*)

SER. No será fácil tenerla,
porque pesada es la burla
que ya de nosotros hace
ese villano transfuga.

SEB. Hasta despues.

VENT. Si le atrapo (*Bajo á Rosa.*)
no va á llevar mala tunda.

ESCENA IV.

ROSA, *despues* JUAN.

ROSA. Furiosos van, y en verdad
que no les falta razon
para buscar la ocasion
de vengar tanta maldad.

JUAN. (*Entrando y arrojando el sombrero sobre las sillas.*)
No vuelvo mas, por san Pablo.

ROSA. ¿Qué te pasa?

JUAN. No lo sé.

ROSA. Pues en ese caso ¿á qué?

JUAN. Que cargue con él el diablo
estoy sudando y rendido. (*Se sienta.*)
ROSA. Pero vamos, ¿qué te pasa?
JUAN. Que ni le encuentro en su casa
ni se da por entendido
de mas de veinte recados,
que con encargo esquisito
dejé al tal caballerito
en poder de sus criados.
¡Oh! es una burla completa,
pero no es la culpa mia,
mal haya aquel que se fia
de una mujer indiscreta.
ROSA. Prudencia, señor don Juan.
JUAN. ¿No tengo, mujer, razon?
ROSA. La tendrás en tu opinion.
JUAN. Estoy sudando alquitran.
(*Se pasa el pañuelo por la frente.*)
ROSA. Yo sufro tambien, y callo.
JUAN. Es que tú no sabes bien
por quién me apuro, y por quién
con mil angustias batallo.
ROSA. Lo supongo.
JUAN. ¡Qué dirán!
ROSA. No tanto apures el cuento,
que podrá cambiar el viento,
y entonces la envidiarán.
JUAN. Yo no vivo de ilusiones,
bien lo sabes.
ROSA. Bien lo sé,
pero bueno es tener fé
cuando se está en pretensiones.
JUAN. Me retiro á descansar, (*Levantándose.*)
que estoy rendido de veras.
ROSA. Puedes hacer cuanto quieras,
mas déjate gobernar,
que aunque mujer indiscreta
como há poco me llamaste,
puede que sola me baste
á una venganza completa.
(*Sale por la derecha, y Juan por la izquierda.*)

ESCENA V.

ROSA, *despues* AMALIA.

ROSA. Tiene razon y le sobra,
pero fuera rebajarme
si comenzara á humillarme
sin ver el fin de mi obra.
Amalia viene.
AMAL. (*Entrando por la derecha.*) ¿Cómo asi?
acompañada os creia.
ROSA. Pues sola estoy, hija mia,
y fija la mente en tí.
AMAL. (*Sentándose.*) Si no me equivoco, os hallo
displicente y cavilosa.
ROSA. Es que estoy algo achacosa.
AMAL. En ese caso me callo,
y remito al sentimiento
la pena que es consiguiente,
pues me aflige tristemente
veros sin calma y contento.
ROSA. Pues qué, ¿otra cosa creias?
AMAL. Tal vez si.
ROSA. ¿Pues qué pensabas?
AMAL. Creia que te apurabas,
mamá, por las penas mias.
ROSA. (*Tomándola la mano.*)
Y no en balde, hija querida,
porque madre cariñosa,
por tal de verte dichosa
diera gustosa la vida.
AMAL. Inícuo es su proceder
tras de tanto vendimiento.
ROSA. ¡Palabras! las lleva el viento,
y mas subiendo al poder.
AMAL. Con crueldad le juzgais.
ROSA. Le juzgo como merece.
AMAL. Sin embargo, me parece
que harto severa os mostrais.
ROSA. Bien podrá ser, esperemos.
AMAL. Lo mejor será esperar.

ROSA. Pero bueno es que á dudar
esperando comencemos,
porque por mas que se afane,
y se muestre arrepentido,
el terreno que ha perdido
será difícil que gane.

AMAL. (*Levantándose.*) Si otra cosa no mandais
á mi cuarto me retiro, (*Rosa suspira.*)
contenta de ese suspiro
que dice cuánto me amais.

ROSA. (*Besándola*) Adios, y demándale consuelo,
que nunca fué desoido,
el que de fé prevenido
sus preces dirige al cielo.

AMAL. Asi lo haré, madre mia,
y os ruego no os apeneis,
que jóven como me veis,
no carezco de energia.
(*Sale por la derecha.*)

ESCENA VI.

ROSA, *despues* ANSELMO.

ROSA. Pobre niña, y cuán temprano
prendió la llama voraz
de las mundanas pasiones
en tu pecho virginal.

ANS. (*En la puerta del fondo.*)
Fuera aguarda un caballero
que dice que os quiere hablar.

ROSA. ¿Le conoceis?

ANS. (*Avanzando.*) No señora.

ROSA. ¿Ni discurris quién será?

ANS. No recuerdo haberle visto.

ROSA. Pues es cosa singular.

ANS. En Madrid todo es extraño,
y no os debeis asombrar
que á visitaros se atreva
el mismísimo preste Juan,
ó quizás, y es mas probable,
algun solemne truhan

que casual habrá sabido
que sois mujer de caudal
y vendrá á tentar el vado
por si algo puede pescar.

ROSA. Sin embargo, quiero verle;
hacerle podeis entrar. (*Sale.*)

ESCENA VII.

ROSA, FEDERICO.

FED. (*Entrando.*) La fortuna esta ocasion
me ha ofrecido liberal,
y la aplaudo, pues me rinde
á los pies de esa beldad.

ROSA. Adelante, y si gustais
asiento podeis tomar;
mas os ruego que dejeis
ese tono original,
porque ha tiempo que murió
mi mujeril vanidad.

FED. (*Sentándose.*)
Pues no murió con razon,
que lucen en vuestra faz
gracias mil, que envaneceros
debieran á la verdad.

ROSA. ¡Conque tan bella me hallais!

FED. Os encuentro celestial.

ROSA. ¿Y á decírmelo venis?

FED. No, que he venido é envidiar
la fortuna que guardada
está para otro mortal.

ROSA. No os entiendo como hay Dios.

FED. Ni yo puedo deciros mas.

ROSA. Pues entonces ¿qué quereis,
y á qué debo la bondad
de veros en esta casa?

FED. Debéisla á que don Fabian
me encargó que á disculparle
viniera, y de su amistad
os asegure y proteste,
por si pudisteis dudar

de su acendrado cariño.

ROSA. ¡Háse visto cosa tal!

FED. ¿Tanto su porte os asombra?

ROSA. Yo me entiendo, continuad.

FED. Sus quehaceres...

ROSA. Ya lo creo.

FED. Y debeis saber á mas
que los ministros no tratan
á todos de igual á igual,
porque su alta gerarquia...

ROSA. (*Con resolucion.*)
Sin embargo...

FED. Perdonad,
que no quise rebajaros,
ni pudiera don Fabian
enaltecerse ante vos;
pero habeis de contemplar
que un ministro es poco menos
que en la tierra una deidad,
y perdiera su prestigio
obrando cual los demas.
Por eso me ha encomendado
con encarecido afan
que os ruegue le concedais
como muestra de bondad,
esta tarde una entrevista
en que con grato solaz,
á solas y sin testigos
contemple tanta beldad.

ROSA. (*Riendo.*) ¡Conque á solas! ¡qué diablura!
¿Si me querrá enamorar?
Por Dios que vuestro papel
no es muy lucido en verdad;
pero con todo, os suplico
le cumplais como leal,
y digais á su excelencia
que puesto me quiere hablar,
á las tres en esta estancia
sin falta me encontrará.

FED. (*Levantándose.*)
Está bien, y no dudeis
que me precio de eficaz,

como el ministro se precia
de otorgaros su amistad.

ROSA. Id con Dios.

FED. Ya me retiro,
pero no sin envídiar
la dicha de su excelencia,
porque sois angelical.

ROSA. Pues como soy, que envidiando
no haceis muy bien en verdad,
que esta plaza no se rinde
cual llegaste á imaginar,
pensando mas de ligero
que debiérades pensar.

FED. Sin embargo, una excelencia...

ROSA. (*Levantándose.*)
Mercancia es hoy vulgar,
y mas si la tal procede
de origen ministerial,
pues al paso que llevamos,
que no es pesado en verdad,
en España excelentísimo
será el último gañan.

FED. Los pies os beso rendido.

ROSA. No envidieis á don Fabian. (*Sale.*)

ESCENA VIII.

ROSA, *paseando y riendo á carcajada.*

Donoso por cierto
fuera que Fabian
tras tanta perfidia
me quiera retar
de amores, haciendo
el tierno galan.
¡Vaya, que es un dije;
el tal don Fabian!

———

Ayer, que creyóme
capaz de triunfar
de las elecciones
en lucha campal,

quiso ser mi yerno,
mas hoy mi galan.
¡Vaya, que es un dije
el tal don Fabian!

—

Tambien cual astuto,
fiero gavilan,
hízome su presa
queriéndome alzar;
pero hoy se ha tornado
en tierno galan.
¡Vaya, que es un dije
el tal don Fabian!

—

Mas yo le aseguro
que no ha de jugar
conmigo cual juega
con la libertad,
por mas que se muestre
cortés y galan.
¡Vaya, que es un dije
el tal don Fabian!

ESCENA IX.

ROSA y JUAN.

JUAN. (*Entrando.*) Ni dos minutos siquiera
he podido descansar,
porque tengo la cabeza
ardiendo como un volcan.
ROSA. Lo siento, mas tú lo quieres,
dándote asi á cavilar,
sin dejar que el tiempo aclare
lo que es mentira ó verdad.
JUAN. ¿Pues qué, dudas del desprecio
conque ese perafustan,
ayer tan vil y tan bajo,
hoy nos pretende humillar?
ROSA. (*Con ironia.*) No tanto le maltrateis,
que no muy lejos está
de darnos la última prueba

de franca y pura amistad.
JUAN. No lo entiendo.
ROSA. Pues yo sí.
JUAN. Si te explicas...
ROSA. Voy allá:
mas sentémonos primero,
que el asunto es muy formal
y tratarle no debemos
como una cosa vulgar. (*Se sientan.*)
JUAN. Como soy que ya picado
estoy de curiosidad.
ROSA. Habla bajo.
JUAN. ¡Tambien eso!
ROSA. Es negocio muy formal.
JUAN. Sí lo será, pero acaba.
ROSA. (*Levantándose.*) Ten paciencia por san Blas,
que voy á cerrar las puertas,
no sea que haga Satán
que de fuera nos oyeran.
(*Cierra todas las puertas.*)
JUAN. Que me valga san Damian.
Todo, mujer, está bien,
pero sé mas eficaz,
que me tienes en un potro
con tanto preambular.
ROSA (*Sentándose y con misterio.*)
Sábete que en relaciones
estoy ya con don Fabian,
y que esta tarde á las tres
humilde se dignará
venir á esta propia estancia,
do cuenta que me ha de hablar,
sola y dispuesta á escucharle
pretensiones de galan.
JUAN. ¡Y tendrá el atrevimiento!
ROSA. Pues no ha de tenerle, ¡bah!
Un ministro suele ser
mas que ministro, sultan,
si nadie le pide cuentas
que obre bien ó que obre mal,
y autoridad para todo
encuentra en su inmunidad.

JUAN. (*Levantándose.*) Sin embargo, yo le juro
que por hoy no la tendrá;
y que si viene á insultarme,
por la Virgen del Pilar,
que le haga yo arrepentir
de su extremada maldad.

ROSA. No seais tan irascible:
cachaza, señor don Juan,
que en manos está el pandero
que le sabrán repicar.
Sentaos y oid con calma
cómo he dispuesto mi plan.

JUAN. (*Sentándose.*) Tu fatal secreto ha puesto
en mi garganta un dogal.

ROSA. Decia pues que he pensado
el dejarme enamorar
mezclando con sus piropos
y con grande habilidad,
los dardos que acumulados
en mi pecho ha tiempo estan,
hasta matar en el suyo
esa vil procacidad
conque ingrato y fementido
se ha precipitado audaz
hasta el imprudente extremo
de haber llegado á dudar
de mi honor y mi pureza,
ajando mi vanidad.

JUAN. Pues qué quieres, en conciencia
no me acomoda tu plan,
porque á la mujer honesta
hasta el fingir la está mal.

ROSA. (*Señalando á la izquierda.*)
En esa estancia...

JUAN. Comprendo.

ROSA. A prevencion estarás.

JUAN. Bonito papel por cierto.

ROSA. De marido y nada mas.

JUAN. (*Con disgusto.*)
¿Cómo es eso?

ROSA. Quise oirte
y hacerte un poco rabiar.

JUAN. ¿Conque á las tres.?
ROSA. A las tres.
JUAN. Pues mucho no tardarán. (*Saca el reló.*)
¡Cáspita! las dos y media (*Se levanta.*)
y algunos minutos mas.
Quédate pues ahí leyendo
que yo me voy á apostar
como el diestro cazador
que oculto en el matorral
aplica atento el oido
y con zozobra y afan,
lleno el pecho de deseos
y acudiendo acá y allá,
cuanto siente y cuanto vé
parécele ya señal
de que la res se aproxima;
y no sin titubear
requiere el arma, se apresta,
apunta, dispara y ¡zás!
ROSA. Cuando yo tosiere, sales,
y le das á don Fabian
con exquisita finura
una leccion ejemplar.
JUAN. Luego que entremos en cuentas
sabe Dios lo que será,
porque estoy echando chispas
cual si fuera pedernal,
y no sé yo si paciencia
cabe á tamaño desman.
ROSA. Con todo, yo te suplico
prudencia y serenidad.
JUAN. Allá veremos.
ROSA. Prudencia,
y no olvides la señal.
(*Salen en direcciones opuestas.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del segundo.

ESCENA PRIMERA.

Rosa, *sentada junto al escritorio.*

Esperemos al doncel,
que no tardará en llegar,
y entre tanto en hojear
me entretendré este papel.
(*Toma un periódico y lee.*)
Nada hemos ganado con el nuevo cambio ministerial. El señor don Fabian de Meneses, es ni mas ni menos que una exacta copia de sus antecesores, y es de esperar que muy en breve descienda del poder tan sin gloria como descendieron aquellos. Triste desgracia es la que pesa sobre este infortunado pais. Mudamos de hombres, pero no de situacion, porque el personalismo es la suprema ley de cuantos por fatalidad llegan á empuñar las riendas del gobierno.
Razon le sobra por cierto, (*Representando.*)
mas de la prensa el afan,
es, como dice el refran,
predicacion en desierto.

Prevengamos al criado
no sea que sin pensar,
en algo vaya á faltar
y deje mi plan fustrado.

ESCENA II.

ROSA, ANSELMO.

ANS. ¿Habeisme llamado?
ROSA. Si,
quiero que estés muy alerta,
y apenas le abras la puerta
le conduzcas hasta aqui.
ANS. Bien está, pero cumplir
mal mi consigna podré,
si como ahora no sé
quien es el que ha de venir.
ROSA. El ministro.
ANS. (*Avanzando.*) ¡Por san Juan!
Conque al fin humanizado
tenemos ya al diputado.
ROSA. Es muy bueno don Fabian.
ANS. ¡Ciertamente! (*Bajo.*)
ROSA. ¿Qué decias?
ANS. Yo, nada.
ROSA. En eso mientes.
ANS. Pues decia que entre dientes,
le tengo ha ya muchos dias.
(*Sale por el fondo.*)

ESCENA III.

ROSA *sentándose, despues* ANSELMO.

Mucho apetecí este instante,
pero al verle ya llegado,
quisiera haberle evitado,
porque á mostrarse arrogante
y henchido de vanidad,
quizá nuestras competencias
acarreen consecuencias

que no vió mi ceguedad;
con todo, el retroceder
no fuera ya muy prudente,
pues seria inconveniente
mostrarme en mi proceder.
(*Suena el ruido de un carruaje que para á la puerta, Rosa se levanta y se dirige á la ventana.*)
Él es, aqui de mi maestria
y mi prudencia en la lid,
que con tan buen adalid
conviene la sangre fria.

ANS. (*Al dintel del fondo.*)
El ministro suplicante
demanda vuestra licencia.

ROSA. Excusada diligencia,
dile que pase adelante.

ESCENA IV.

ROSA, FABIAN, *y* JUAN *al paño, en la puerta lateral de la izquierda.*

FAB. Suele la fortuna ser
con algunos bien escasa,
pero conmigo es sin tasa
propicia á mas no poder.

ROSA. Podeis, don Fabian, sentaros.

FAB. Acepto pues, y me siento, (*Sentándose.*)
que por hoy mi solo intento
es serviros y agradaros.

ROSA. ¿Y qué otra cosa debiera
esperar, del que cumplido
cortés se muestra y rendido?

FAB. Estais cual nunca hechicera.

JUAN. Ya comienza el tiroteo. (*Al paño.*)

ROSA. ¿Lo decis con seriedad?

FAB. Digo la pura verdad.

ROSA. Pues con todo, no lo creo.

FAB. Nunca á mis ojos la rosa
fué mas lozana y mas bella.

ROSA. Y vuestra futura esposa,

¿qué no preguntais por ella?
JUAN. El demonio es mi mujer. (*Al paño.*)
FAB. No pasa dia por vos.
ROSA. Si la olvidasteis, por Dios
que no es cuerdo proceder.
FAB. Des que os vi mi corazon
herido quedó de muerte.
ROSA. ¡Pobre niña! mala suerte
le cupo en esta ocasion.
JUAN. El coloquio no va mal. (*Al paño.*)
FAB. ¡Artificiosa os mostrais!
ROSA. Para eso que vos estais
como nunca original.
FAB. No me entendeis á mi ver.
ROSA. Ser asi tal vez podrá,
ó mas bien dependerá
de que no quiero entender.
FAB. Me volviera entonces loco
á impulsos de mi pasion,
¿nada os dice el corazon?
ROSA. Mi corazon habla poco.
FAB. Pero por poco que os diga,
debiera ser lo bastante
para trocar en amante
lo que tuvisteis de amiga.
JUAN. Respirando estoy veneno, (*Al paño.*)
y cual el corcel brioso
al verse en la lid ocioso
impaciente tasca el freno.
ROSA. Como no fuí bien tratada
por la amistad, qué quereis,
héme vuelto como veis,
un tanto desconfiada.
FAB. ¿Y quién tan poco estimó
el don de ser vuestro amigo?
ROSA. Por ahora no lo digo,
que aun la ocasion no llegó;
pero sabed que al olvido,
no solo dió mis agravios,
sino que puso en sus labios
frases de amar atrevido.

JUAN. (*Al paño.*) Mucho aprieta el argumento.
FAB. Impaciente me teneis.
ROSA. Pues no tanto os apureis,
que estamos al fin del cuento.
FAB. Si no fuera la fé mia
pura como mi conciencia,
tan marcada reticencia
os juro me ofenderia.
JUAN. (*Al paño.*) Astuto es el perillan.
ROSA. ¿Decíslo acaso por broma?
JUAN. (*Al paño.*) Por la penitencia á Roma
no habrá de ir don Fabian.
FAB. (*Acercándose.*) Dejemos, dueño querido,
quisquillas de poca monta,
y puesto que no sois tonta,
daos prudente á partido,
que si acaso os ofendí
porque de cumplir dejé
lo que otro tiempo juré,
la culpa no estuvo en mí,
sino en vos, porque en rigor,
á mi ver no fuera justo
satisfacer vuestro gusto
con perjuicio de mi amor.
No mas, por Dios, al través
deis con mis gratos ensueños,
que cumplir con mis empeños
torno á jurar á tus pies. (*Se postra.*)
JUAN. (*Al paño.*) Tenaz está el pretendiente.
FAB. No mas desdenes, ¡oh Rosa!
que sienta mal á una hermosa
hacer gala de inclemente.
ROSA. (*Con resolucion levantándose.*)
¡Conque al cabo, comprendido
habeis que sois el ingrato,
que cometió el desacato
contra mi orgullo ofendido!
¡Conque al fin os confesais
culpable de ingratitud,
y en humillante actitud
eterno amor me jurais!
Alzaos, que mal parece (*Se levanta.*)

que asi se muestre rendido,
el que en vez de arrepentido
mas su conducta envilece;
porque es sobrado rigor,
que tras de haberme burlado,
á dudar hayais llegado
de mi acrisolado honor.
Si engañador y embustero
como político fuísteis,
nunca á este extremo debísteis
llegar como caballero,
que si jugar á placer
podeis con el patriotismo,
no asi con el heroismo
se juega de una mujer.
Id con Dios, y no á turbar
volvais audaz mi reposo,
que tengo un honrado esposo,
y pudiéraos pesar.

JUAN. (*Al paño y con intencion.*)
Y tanto como podria.

FAB. (*Sonriendo.*) Como soy que al escucharos,
no alcanzo qué pudo daros
tanta altivez y osadia.
Sin duda no habeis medido
al mostrar tanta arrogancia,
la incalculable distancia
que hay de un ministro á un marido.
Sin duda que mi poder
no habeis tenido presente,
cuando tachais de insolente
mi inocente proceder;
y cuando puedo si quiero,
sin usar de mi privanza,
tomar sangrienta venganza
cual cumplido caballero.

ESCENA V.

LOS MISMOS, JUAN.

JUAN. (*Entrando en escena. A Fabian.*)

Si lo sois, hora y lugar
que señaleis os suplico.
Retiraos, que esta escena (*A Rosa.*)
no ha menester de testigos.
(*Sale por la derecha.*)

ESCENA VI.

FABIAN *y* JUAN.

FAB. ¡Conque á mas una emboscada!
JUAN. Tened la lengua por Cristo,
que si prudente no andais,
sin salir de aqueste sítio
castigaré vuestra audacia,
dando á mi honor ofendido
tal venganza, que de ejemplo
sirva á los futuros siglos.
FAB. ¿Sabeis quién soy?
JUAN. Si, lo sé.
Sé que sois un mal ministro
como para serlo fuisteis
mal diputado, y vendido
habeis los patrios deberes
para elevaros altivo;
y sé que mal caballero
sobre ser olvidadizo,
y amigo infiel é inconstante,
concebisteis el designio
de estampar sobre esta frente
el sello de envilecido.
FAB. Puesto que asi me juzgais,
mudar habré de camino,
y si antes quise cual noble
oir del honor el grito,
ahora como poderoso
implacable y vengativo,
os haré sentir bien pronto
el enojo de ministro.
JUAN. Alejaos de esta casa,
alejaos os suplico,
que si mas en ella estais

el volcan que ya respiro
convertir podrá en pavesas
ese arrogante edificio.

FAB. (*Con arrogancia.*)
Por cierto, señor don Juan,
que no obrais muy advertido,
y que á mucho os exponeis
si mas cuerdo y reflexivo
no deponeis ese tono
que en la córte es un delito,
y mucho mas si ensayarle
se prueba con un ministro.

JUAN. No lo ignoro, sé muy bien
que el llamado patriotismo
es la máscara que encubre
al traficante político
hasta llegar al poder,
y que luego enaltecido
del opresor y el tirano
solo abriga los instintos.

FAB. Esas son vulgaridades
que despreciamos altivos.

JUAN. Asi las llamais vosotros.

FAB. Vulgaridades repito;
y adios quedad, que supuesto
os declarais mi enemigo,
probareis que impunemente
no se le ultraja á un ministro.

ESCENA VII.

LOS MISMOS, ROSA.

ROSA. (*Entrando.*) ¿Aun permaneceis aqui?

FAB. (*Tomando el sombrero.*)
Furioso ya me retiro.

ROSA. No lo extraño, que cual sois
os he muy bien conocido.

FAB. En breve comprendereis
que es sobrado desatino
colocarse frente á frente
con tan potente enemigo. (*Sale.*)

ESCENA VIII.

JUAN *y* ROSA.

JUAN. (*Sentándose.*) Jesus mil veces, Jesus,
y cuál tengo la cabeza;
y todo ¿por qué? ¿por qué?
por ser un pobre babieca.
Gózate, pues, de tu hechura,
que es una obra perfecta.
Ya ves el fruto que ha dado
tu proteccion indiscreta
y se vengará, no hay duda, (*Con ironia.*)
inventará una quimera,
y usando discrecional
el gobierno de la fuerza
de que revestirlo quiso
la popular asamblea,
á Canarias ó á Manila
sin compasion nos destierra.

ROSA. ¿Qué, no hay mas que desterrar?
Tan fácil asi se veja
á una familia que tiene
su reputacion bien puesta?
El grito pondré en las nubes,
y por medio de la prensa
me quejaré al gobierno,
publicaré la protesta
que para ser diputado
el tal don Fabian hiciera,
y si es menester, haré
que se junte cielo y tierra.

JUAN. Otra ilusion, otro engaño,
otra prueba de torpeza.

ROSA. Eso es decir que quereis
que yo ciegamente crea
que el gobierno atropellar
puede á su antojo á cualquiera.

JUAN. Sin duda.

ROSA. Pues entonces...

JUAN. Como que tiene la fuerza.

ROSA. ¿Y las leyes?
JUAN. No se oye
sino aquella que condena.

ESCENA IX.

LOS MISMOS, SERAFIN.

SER. (*Entrando.*) Ni mas ni menos que antaño
hoy mi esperanza burló.
JUAN. ¿Tampoco le hallasteis?
SER. No.
JUAN. Os ahorraste un desengaño.
SER. ¿Le visteis vos?
U AN. Por desgracia.
SER. ¿Pues qué, tan mal?...
JUAN. Y tan mal,
que iracundo y criminal
me amenazó con audacia.
ROSA. Y tanto quiso humillarnos
con su inícuo proceder,
que valido del poder
hasta se atrevió á insultarnos.
SER. (*A Juan.*) ¿Y pudísteislo sufrir?
JUAN. Sufrí por aquel momento,
pero no sin el intento
de vengarme ó de morir.
SER. Para vengarse de un necio
lo mejor, y es cosa clara,
es escupirle á la cara
tratándole con desprecio.
Pero al ministro dejemos,
que es materia harto prolija,
y hablemos de vuestra hija.
ROSA. Ella se acerca, callemos.

ESCENA X.

LOS MISMOS, AMALIA.

AMAL. (*Entrando por la derecha.*)
Pensando no incomodar

saludaros he querido,
pero al punto os dejaré
si no fué exacto mi juicio.

SER. Nada de eso, señorita,
al menos por mí lo digo,
pues bien sabeis que deseo
contemplar tantos hechizos.

AMAL. Mucho, amigo, me complazco
en que seais tan cumplido,
que á pesar de mis errores
proseguis siendo mi amigo.

SER. Los errores de un momento
darse deben al olvido,
y mas si el que los comete
no tiene libre albedrio.

ROSA. Delicada es la indirecta.

SER. Ofenderos no he querido.

ROSA. ¡Ofenderme! nada de eso,
pues sé que sois buen amigo.

SER, Olvidemos lo pasado,
y si cesó el compromiso...

ROSA. ¡Y cómo no!

JUAN. Se acabó
por los siglos de los siglos.
¡Pues no faltaba otra cosa
sino echarla de cumplidos,
y andarse con ceremonias
con quien nos reta atrevido!

SER. Conque debo confiar.

ROSA. Si Amalia no halla motivo.

JUAN. Podeis contar de seguro
conque sereis su marido.

AMAL. Si el señor don Serafin
perdona antiguos delirios,
su constancia y lealtad
merecen el amor mio.

SER. (*Besándola una mano.*)
Dejad que á tanto favor
corresponda agradecido,
estampando en esta mano
primicias de mi cariño.

ESCENA XI.

LOS MISMOS, VENTURA, SEBASTIAN.

VEN. (*Entrando.*) Muy pronto fué su caida.
SEB. Y asi debió suceder,
que el que abusó del poder
nunca tuvo larga vida.
¿Qué tal, mi señor don Juan?
JUAN. ¿Sabéislo, amigos, de cierto?
VEN. Como ministro, por muerto
contad al tal don Fabian.
JUAN. ¿Conque es cosa tan palmaria?
SEB. Si no lo quereis creer,
tomad y podeis leer
la Gaceta extraordinaria.
JUAN. (*Despues de haber leido y dado la Gaceta á Rosa.*)
El decreto es seco á fé.
ROSA. Con todo, no está á mi gusto,
pues no os lógico ni justo
que no se diga el por qué,
el que subió á las regiones
del poder envanecido,
cae del poder abatido
y envuelto en mil maldiciones.
JUAN. Bravo chasco nos ha dado.
SER. Sin embargo, habeis de ver
que torna aun á pretender
que le hagamos diputado.
VEN. No lo creo.
SER. Es atrevido.
ROSA. Pues si tal cosa sucede,
yo os aseguro que quede
de su audacia arrepentido.
JUAN. Laudable resolucion,
pero inútil por San Blas,
porque sabed que los mas
son gente sin aprehension,
y en tanto que en alcanzar
el puesto de diputado,
en España esté cifrado

el elevarse y medrar,
la nacion representada,
con muy pocas excepciones,
será por las ambiciones
que la traen aniquilada.
Y cuidado, que alusion
no hago á rojos ni morados
ni á puros ni abigarrados;
pues para mí en conclusion,
al repasar nuestros males,
que tocan á lo infinito,
á ninguno doy ni quito
si á todos los hago iguales;
porque segun lo que vemos
y las trazas que nos damos,
entre todos la matamos,
y entre todos la comemos.
¡Infeliz pueblo español,
ayer grande y respetado,
temido y considerado,
y hoy pobre y envilecido,
abatiendo sus pendones,
víctima de las pasiones
de tanto y tanto partido!
Ayer rico y poderoso,
feliz, alegre y contento,
y hoy humillado y hambriento,
sin dicha, pan ni reposo,
porque el antiguo heroismo
de sus ilustres varones,
trocado se há en ambiciones,
procacidad y egoismo.

SEB. Con todo, no la esperanza
perdamos por vida mia
de que ha de lucir un dia
de ventura y bienandanza.

JUAN. Con ella há ya muchos años
que todos hemos vivido,
y á la postre recogido
no hemos mas que desengaños.

ESCENA XII.

LOS MISMOS, ANSELMO.

ANS. Un criado de librea (*Entrando.*)
y catadura indigesta, (*A Juan.*)
díjome que la respuesta
de aquesta carta desea.
JUAN. Veamos quien la suscribe;
cuento con vuestra licencia.
Tal orgullo é insolencia (*Representando.*)
como soy no se concibe.
Don Fabian el ministril,
desde su humilde rincon,
nos pide á todos perdon
astuto, bajo y servil.
SER. Enviadle enhoramala,
y añadid, que escarmentados,
quedamos bien preparados
para no servir de escala
al mentido patriotismo.
JUAN. Dejádmele, que esta vez,
yo domaré su altivez
castigando su egoismo.
ROSA. Basta ya, y en disponer
pensemos nuestra partida.
SER. Con ella me dareis la vida.
VEN. Eso es decir, á mi ver...
JUAN. Que Amalia será su esposa.
SEB. Pronto el negocio se urdió.
ROSA. Luego que Fabian tronó
pensamos en otra cosa.
VEN. Razon de padres prudentes.
SEB. Y razon de comprender
que siempre es bueno tener
de reserva pretendientes.
JUAN. A partir, pues, con urgencia.
SER. Si de ello quedais contentos,
yo tomaré los asientos
mañana en la diligencia.
ROSA. Cuanto antes sea mejor,

porque la córte me apesta.
¿Y tú, Amalia, estás dispuesta?

AMAL. Dispuesta estoy en rigor,
por mas que sean prolijas
las tareas de arreglar
el baul y empaquetar
un ciento de baratijas.

JUAN. Pues el partir luego sea,
y como dijo un poeta,
quédese la córte inquieta
para aquel que la desea.
Mas no sin recomendar
al pueblo español de veras
que por frases lisonjeras
nunca se deje arrastrar;
y cuando vaya á votar,
consultando su conciencia,
obre de su propia ciencia,
eligiendo diputado
al mas sabio y mas honrado
y de mayor experiencia.

FIN DE LA COMEDIA.

Habiendo examinado esta comedia, mi dictámen es que su representacion se puede autorizar sin inconveniente.

Madrid 13 de Febrero de 1858.

El Censor de teatros,
ANTONIO FERRER DEL RIO.

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS DE LA GALERIA

EL MUSEO LITERARIO.

En un acto.

ir á Madrid.
bra á tu victima!

:ual ama á su modo.
ı y Pipelet, ó las desgracias
ı portero.

es, sustos y enredos.
ıucas y dos pares de antcojos.
inero á Ministro.
yo pata de anafe.
aridos! qué ventura.

l de cachemira.
r de las desdichas, ó D. Her-
ınes.
ue de Bailen, *Loa y Corona*
ica.
licio de Tántalo.
e Febrero.
ete.
ır por la ventana.
ino.
re del hijo de mi mujer.
ro ó yo.
ınjuez y en Madrid.
ıine y el Montero.
or amigo, un duro.
go del Ministro.
rlatanismo.
lote está el Busilis.
loco.
de hacerse amar.

ıor liebre.
ıtica parda.

I.

rencia de un poeta.
ıima noche de Camoens (*tra-*
a).

La voz de las Provincias.
La carta perdida.
Los Quid pro Quos.
Lluvias del estio.

Me he comido á mi amigo.
Modelo de esposas.

No es la Reina!!!

Paulina.

Simpatia y antipatia.

Tres pies al gato.

Un viernes.
Una tempestad dentro de un vaso de agua.
Una comedia en un acto.

En dos actos.

Dimas ol titiritero.

El pilluelo de Paris. *Segunda parte.*
El orgullo castigado.

La última conquista.
La codicia rompe el saco.

Una conversion en diez minutos.

En tres ó mas actos.

Achaques de la vejez.
Amante, rival y paje.
A público agravio, pública venganza.
Adriana Lecouvreur.
Amarguras de la vida.
Antes y despues.
Antes y despues.

Cocinero y Capitan.
Cárlos VII entre sus vasallos.
Celos, despecho y amor.
Conde, Ministro y Lacayo.
Corona y Tumba, ó el reinado de Sigerico.

Duda en el alma ó el Embozado de Córdoba.
Dalila.
Don Lope de Vega Carpio.

Entre bobos anda el juego.
El Gran Duque.
El pacto de sangre.
El velo de encage.
El ángel de la casa.
El primo y el relicario.
El árbol torcido.
El Conde de Selmar.
El collar de perlas.
El arenal de Sevilla.
El Caballero de Harmental.
El Cardenal es el Rey.
El Castellano de Tamarit.
El Castillo del Diablo.
El conde de Monte-Cristo. *Primera parte.*
El conde de Monte-Cristo, *Segunda parte.*
El conde de Hernan.
El correo de Lion, ó el asalto de la silla de Posta.
El escudo de Barcelona.
El hi o del diablo.
El juego de ajedrez.
El sacrificio de una madre.
El sereno de Glukstadt.
El subterráneo del castillo negro.
El genio contra el poder ó el Bachiller de Salamanca.
El mejor alcalde el Rey.
El libro negro.
El Judio errante.
En el crimen vá el castigo, ó la Condesa de Portugal.
En 1830.

Eugenia.
Eulalia.
El egoista.

Fea y pobre.
Francisco el inclusero.

Juana de Arco.
Juana de Nápoles.
Judit.
Juicios de Dios.
Julieta y Romeo.

Los fanfarrones del vicio.
La Baltasara.
La hiel en copa de oro.
Lorenzo me llamo ó carbonero de Toledo.
Los amores de la niña.
La campana vengadora.
La crisis.

La corte del Rey poeta.
Las tres manias, ó cada loco con su tema.
Las bodas de un criminal.
La honra en la deshonra.
La conquista de Toledo.
Los empeños de un acaso
Las barricadas de Madrid.
La Duquesa de Iprest ó Genoveva de Brabante.
La Duquesa ó la soberbia.
Las cuatro barras de sangre. *Segunda parte de Vilfredo el Velloso.*
Lás travesuras de Chalamel.
Los espósitos del puente de Ntra. Señora.
Los libertinos de Ginebra.
Los percances de un viaje.
Los siete castillos del diablo (magia).

Misterios de palacio.
Mi suegro y mi mujer.
Maese Juan el espadero.

Matilde.

No hay amigo para amigo.
Navegar á la aventura.
Ntra. Sra. de Paris, ó la Esm
Nadie diga de esta agua no be
Oráculos de Talia, ó los duen Palacio.

Quebrantos de amor.

Tambien en amor se acierta es mas fácil errar.

Una historia del dia.
Un corazon de mujer.
Uno de tantos.
Un dia de baños.
Vivir y morir amando.
Vilfredo el Velloso.

ZARZUELAS.

En un acto.

Á Rusia por valladolid.
Alumbra á este caballero. *(La música.)*

Cuarzo, pirita y alcohol.

Diez minutos de reinado.
El amor y el almuerzo.
El Grumete. *(La música.)*
El Trompeta del Archiduque.
El Sonámbulo.

Gracias á Dios que está puesta la mesa.
Guerra á muerte. *(La música.)*
Gato por liebre.

La Cotorra.
Las bodas de Juanita.
La Dama del Rey. *(La música.)*
Los dos ciegos.
La Zarzuela.

La flor de la Serrania.
La espada del Rey.

Pablito (Segunda parte de Buenas noches, Sr. D. Simon).

En dos actos.

El Postillon de la Rioja.

La cola del Diablo.
La córte de Mónaco.

Marina. *(La música.)*

Un sombrero de paja.

En tres ó mas actos.

Amor y misterio.

Cárlos Broschi.
Catalina.

El sueño de una noche de ve
El Dominó azul. *(La música.*
El valle de Andorra.
El hijo de familia, ó el lance luntario.
El sargento Federico.
Entre dos aguas.

Galanteos en Venecia.

Los Madgyares.
La estrella de Madrid. *(La mi*
La Caceria Real. *(La música*
La Pasion (drama sacro-líric
Los Comuneros.

Mis dos mujeres.
Moreto.

Un viaje al vapor. *(La músic*